

María Magdalena



22 de julio de 2024

2Cor 5, 14-17

Sal 62

Jn 20,1-2.11-18

P. Eduardo Suanzes, msp

Al escuchar el evangelio como lo hemos hecho uno tiene la sensación de que hay una incongruencia en el relato. Vamos a ver, ¿cómo es que se dice que María Magdalena ha ido corriendo donde los apóstoles para decirles que se habían llevado el cuerpo del Señor y al mismo tiempo, más tarde, se dice que estaba llorando junto al sepulcro? Lo que pasa es que hemos escuchado el relato habiéndose omitido una parte: aquella en la que después de haber recibido los apóstoles el aviso se describe cómo Pedro y Juan salen “pitando” hacia donde el cuerpo de Jesús estaba. Ellos se volvieron a casa, pero de nuevo estaba otra vez María allí, ahora sola, llorando junto al sepulcro. ¡Ahora se entiende!

El resucitado¹ se manifiesta gradualmente. Primero con signos de ausencia: sepulcro vacío, lienzos y sudario abandonados, mensajes por terceros (se va acercando). Después en figura y voz irreconocibles, como es el caso en el evangelio de hoy. Después con su voz y figura de siempre, las huellas recientes de la pasión. Y es que es esencial identificar al Jesús vivo hoy con el anterior del ministerio, con el que padeció la muerte en cruz También hay progreso en la fe. Primero cree el discípulo predilecto (ideal), después María Magdalena por vista y oído y tacto; después todo el grupo, a la postre el rezagado y terco de Tomás. Las manifestaciones van acompañadas de dones y encargos. El primero para María: ella es la mujer evangelista de la resurrección.

María de Magdala es una de las tres que estuvieron junto a la cruz. Ha esperado la noche del viernes y todo el sábado...; pero se levanta impaciente de madrugada, todavía encerrada en su mundo "oscuro" de la cruz, y se dirige al sepulcro. El hecho de que se mencione «*el primer día*» sugiere que ha comenzado un tiempo nuevo para el mundo. El verso no dice que no vio el cadáver de Jesús. Es curioso que ella al ver la roca movida, inmediatamente cae en la cuenta de que se han robado el cuerpo.

Entonces se convierte en la primera mensajera, primero, del sepulcro vacío. Luego será evangelista del Viviente. Ahora, María está allí, junto al sepulcro², como también había estado al pie de la cruz. No se establece ninguna relación con la marcha de los discípulos. María está sola, ignorando por completo lo que ha pasado con el cuerpo de Jesús, y se pone a llorar. Se queda «fuera», como para subrayar su decepción ante una tumba, en la que no está ya aquel a quien busca. Absorta en su pena, no reacciona al ver a los ángeles vestidos de blanco que guardan el lugar en que había descansado el cuerpo de Jesús; esta presencia

¹ Cfr. LUIS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino III. Nuevo Testamento*. Edición de Estudio. Nota a pie de página de Jn 20-21. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra)

² XAVIER LEON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan IV*. Ed. Sígueme. Salamanca 1998

celestial no constituye para María signo alguno. Les responde como si se tratase de personas ordinarias, que ignorasen el motivo de sus lágrimas. En realidad, la pregunta que le hacen los ángeles: «Mujer, ¿por qué lloras?», repetida luego por quien ella toma por el hortelano, es una crítica a su tristeza: significa que no había en realidad ningún motivo para llorar. En ambas ocasiones, María contesta refiriéndose al cuerpo que han «quitado», sin que ella sepa dónde ha sido «llevado», «puesto», y que ella querría ir a «llevarse». Es verdad que, impulsada por el amor, dice: «...me han quitado a mi Señor», pero a lo que realmente se refiere es a su cuerpo muerto. Para ella no es más que un cuerpo inerte.

El relato intenta conducir progresivamente a la profundidad del acontecimiento pascual: esta primera parte prepara el contraste con el Glorificado, al que nadie puede agarrar con sus manos. Nosotros, al leer el evangelio, o escucharlo como hoy, percibimos lo que se le escapa a la mujer prisionera de su dolor. Nosotros somos advertidos de que es Jesús el que está delante de María cuando ella lo ve, pero lo toma por el hortelano. La peripecia del no-reconocimiento inmediato del Resucitado caracteriza a otros relatos pascales: Jesús se aparece «con aspecto diferente», dirá Marcos (Mc 16, 12) y los discípulos no saben que es él. Este detalle nos es un recurso literario para dramatizar el encuentro, sino que **refleja lo otro** que la fe reconoce en el Señor vencedor de la muerte; es decir: si los relatos subrayan la continuidad con Jesús de Nazaret, dejan, así mismo, vislumbrar que aquel que se hace presente **es muy distinto de los hombres** de este mundo: no es accesible, a pesar de estar muy cerca de ellos; **y que para ser descubierto es preciso que se revele él mismo**. Esta es la clave.

Jesús, que no es reconocido, pregunta a María, como lo habían hecho los ángeles: « ¿A quién buscas?». La pregunta que se le hace a María es parecida a la que Jesús, al comienzo de su ministerio, había dirigido a los discípulos del Bautista que le habían seguido: « ¿Qué buscan?» (1, 38). Entonces ellos preguntaron: «Maestro, ¿dónde vives?»; María quiere saber dónde han puesto al que no encuentra en el sepulcro: en ambos casos, la pregunta se refiere a una localización en este mundo. Pero Jesús vive ahora con el Padre.

Jesús, que está con el Padre, está también ante la de Magdala y se va a manifestar a la que lo buscaba en vano entre los muertos. Al construir la secuencia del relato, el evangelista se acordó quizás de un pasaje del Cantar de los cantares:

*Busqué al amor de mi alma; ¡lo busqué y no lo encontré!
Me levanté, recorrí la ciudad, las calles y las plazas,
buscando al amor de mi alma; ¡lo busqué y no lo encontré!
Me encontraron los centinelas...:
« ¿Han visto al amor de mi alma?».
Pero apenas los había dejado, encontré al amor de mi alma.
Lo abracé... (Cant 3, 1-4)*